

*Discurso de Christopher Bigsby, con ocasión de su  
investidura como doctor “honoris causa” por la  
Universidad Complutense de Madrid*

*20 de octubre de 2022*

Profesor Joaquín Goyache, rector de la Universidad Complutense de Madrid, excelencias e ilustres autoridades, estimada Isabel, decana de la Facultad de Filología, a quien conozco desde hace muchos años, al igual que al profesor emérito Félix Martín, miembros de la comunidad universitaria, señoras y señores. Aprecio profundamente el honor que me hacen hoy, y me gustaría expresar mi agradecimiento.

Ahora, sin embargo, quiero invitarles a entrar en un territorio peligroso: el pasado y la memoria. Los polacos, que durante la Guerra Fría estaban acostumbrados a que las personas inconvenientes fueran eliminadas de las fotografías históricas, tenían un dicho: «Lo más difícil de predecir es el pasado». Creemos que el pasado es inmutable, determinable, como el Dr. Johnson trató de probar la realidad dando una patada a una piedra. ¿Qué otro fundamento puede haber sino el pasado?, lo único que, dado que es el pasado, ¿cómo accedemos a él con confianza, con qué fin lo convocamos a nuestro presente? ¿Quién es su dueño? Se nos dice que puede haber múltiples universos. Desde luego, hay múltiples pasados. ¿Cuál debe prevalecer, y debe estar determinado nuestro presente por el pasado concreto que hayamos optado por favorecer?

En 1660, el parlamento inglés aprobó la Ley de Indemnidad y Olvido. Esta Ley perdonaba a todos los que hubieran cometido crímenes durante la Guerra Civil, salvo a los culpables de regicidio, sodomía y brujería, lo que podríamos considerar una curiosa equivalencia, aunque no atípica de los ingleses. La Ley del Olvido se refería a la declaración de que el interregno entre la muerte del rey Carlos I y la coronación de Carlos II debía ser legalmente olvidado como si nunca hubiera ocurrido. La pizarra de la historia debía quedar en blanco. Durante once años, oficialmente, no pasó nada. Por lo tanto, no se podía incurrir en ninguna culpa. No se afirmaría la culpabilidad. ¿Por qué? Fue, se dijo, «para enterrar todas las semillas de discordia futura».

En 2007, como ustedes por supuesto ya saben, el Gobierno español aprobó la Ley de Memoria Histórica, desafiando de forma efectiva el anterior Pacto del Olvido. Este año,

la película de Pedro Almodóvar, *Madres paralelas*, presentaba a un personaje cuyo papel era buscar a las personas enterradas en fosas comunes anónimas durante la Guerra Civil. La pregunta era si el pasado debería ser desenterrado, como lo era literalmente en el sentido de que los cuerpos anónimos arrojados de forma casual a la tierra española hacía décadas ahora serían traídos a la luz de un nuevo día, y los nombres se recuperarían como lo harían en el monumento conmemorativo de Yad Vashem en Israel, que declara «El olvido es el camino al exilio. El recuerdo es el camino a la redención». A veces, sin embargo, las víctimas eran irre recuperables, un hecho reconocido en un poema profético:

«comprendí que me habían asesinado.

Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias,

... Ya no me encontraron.

¿No me encontraron?

No. No me encontraron.»

Palabras escritas en 1929 por García Lorca, que en realidad no moriría hasta siete años después.

Existe, sin embargo, una obligación de recordar, teniendo el olvido potencialmente un propósito moral y psicológico, este es un debate que está en el núcleo de la novela de Kazuo Ishiguro «El gigante enterrado» en el que la memoria puede ser una gracia o una carga, tanto para el individuo como para la sociedad; ¿la negación puede tener un propósito humano? Como ha señalado Ishiguro, «Existe un debate real sobre si es mejor enterrar el pasado con la esperanza de que la terrible fricción que está ocurriendo ahora se cure por sí sola, o si solo podemos hacerlo resucitando todo desde las profundidades y mirándolo.» ¿O eso lo empeoraría? En cada país ocurren estas cosas, al igual que ocurren en cada familia, cada amistad y cada relación. ¿Es mejor mantener todo oculto, porque esa es la única manera de continuar? ¿Cuándo es mejor recordar, cuándo es mejor olvidar? Fue Arthur Miller quien una vez dijo: «No puedes vivir sin negación... tienes que negar algo para poder sobrevivir».

La UNESCO celebra días de conmemoración centrados en la trata de esclavos, el Holocausto y el genocidio en Ruanda. Pero, ¿dónde está el día de la UNESCO en conmemoración del genocidio armenio, o de aquellos que murieron como resultado

de la partición en la India? La lista, lamentablemente, podría ampliarse geográficamente y en el tiempo. La memoria, al parecer, tiene que ser selectiva, un acto político. Aparentemente, el propósito de tales recuerdos es asegurar que el pasado no se repetirá y, sin embargo, el pasado se repite, sin que al parecer la memoria sirva de defensa. Hoy existen unas cincuenta y siete dictaduras y más de cuarenta conflictos activos en todo el mundo. Como se dice en el *Eclesiastés*, «Lo que fue, eso mismo será; lo que se hizo, eso mismo se hará, No queda el recuerdo de las cosas pasadas, ni quedará el recuerdo de las futuras en aquellos que vendrán después.»

Fue un personaje de Faulkner en *Réquiem para una monja*, quien afirmó: «El pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado.» Pero lo que es ese pasado puede ser problemático. En *Niños sabios*, la novelista inglesa Angela Carter comentó: «Había una casa que todos teníamos en común, y se llamaba el pasado, aunque vivíamos en habitaciones diferentes». El pasado no es un lugar seguro, en parte porque no es solo nuestro. En Europa, todos somos herederos de imperios. A veces esto deja un residuo de culpa, a veces de orgullo, dos pasados aparentemente coexistentes; un caso curioso de disonancia cognitiva. ¿A través de los ojos de quién vemos ese pasado? ¿De quién son los recuerdos que deben priorizarse, de los pioneros o de los nativos americanos, de los dueños de esclavos o de los esclavos, de los colonizados o de los colonizadores? En Irlanda del Norte hay dos pasados irreconciliables que se suman en un presente turbulento, como espadas que se afilan con regularidad. Sin embargo, con el Acuerdo del Viernes Santo, el pasado fue enterrado, las armas entregadas. No se podía negar la historia; iba a ser superada.

Ciertamente, ha habido países que han conspirado deliberadamente contra el pasado, abrazando lo que son en efecto sus propios actos de olvido. En China, la plaza de Tiananmen nunca ocurrió. En 2021, se cerró el Centro Conmemorativo de Derechos Humanos en Rusia, que se había propuesto denunciar los crímenes de Stalin, solo para compartir el Premio Nobel de la Paz de este año. En cambio, hay símbolos ineluctables de un pasado innegable, como el Domo Genbaku de Hiroshima, e incluso los agujeros de bala aquí mismo, en los muros de la Universidad Complutense. Sin embargo, el significado que le damos a tal evidencia depende de dónde nos ubiquemos, de cómoelijamos interpretar el mundo. Hay un contexto para los recuerdos, una ideología. Pueden prestarse a la polémica o a la nostalgia. Pueden ser un ancla en una tormenta,

una historia contada para consolar o para acusar. El punto es que el pasado puede verse reflejado a través de los imperativos nacionales, al servicio de los mitos nacionales. Será lo que elijamos hacer de ello.

El pasado, sin embargo, es a menudo lo que los escritores insisten en que sea. Durante varios siglos, Ricardo III fue lo que Shakespeare hizo de él. Fue la novelista inglesa Hilary Mantel, fallecida el mes pasado, quien dijo «no reproducimos el pasado, lo creamos». «La historia no es el pasado, es el método que hemos desarrollado para organizar nuestra ignorancia del pasado. Es el registro de lo que queda en el registro... No es más «el pasado» que un certificado de nacimiento es un nacimiento». ¿Es posible que la ficción se acerque a una verdad que escapa a los historiadores o, como en la obra de Javier Marías, no podría indagar en el tiempo, la memoria y la naturaleza de la realidad, esta última igualmente una preocupación de su padre filósofo? Padre e hijo, por supuesto, fueron alumnos de esta Universidad.

Algunos países se distancian del pasado porque lo consideran irrelevante. “Estados Unidos”, observó Joan Didion, “no tiene sentido de la historia, no tiene consideración por la historia”. Esto es lo que Gore Vidal llamó “los Estados Unidos de Amnesia”. Siendo un país de inmigrantes, había que tachar el pasado. Nadie fue a Estados Unidos para ser lo que era, sino para ser aquello en lo que se convertiría. La historia se encontraba a un continente de distancia. Era lo que había sido trascendido. El significado ahora yacía en el futuro, ya que sus ciudadanos estaban comprometidos con la búsqueda, si no la posesión, de la felicidad, la luz verde de Gatsby al otro lado de la bahía.

Y, ¿existe una ley de prescripción sobre la culpabilidad? Tanto Bill Clinton como Tony Blair se han disculpado por la esclavitud, una institución que comenzó hace siglos y, en su mayor parte, terminó hace más de ciento cincuenta años. En Estados Unidos, las universidades han hecho lo mismo, erigiendo nuevas estatuas, derribando las más antiguas, revisando el pasado de repente, aparentemente cambiando la historia. ¿Cuánto de lejos debemos viajar en el pasado para identificar el pecado que debemos confesar para recibir la absolución? ¿Cuándo de lejos en el futuro antes de que se pague esa deuda? ¿Puede alguna vez cerrarse la puerta al pasado? Y si no, el peso de la culpa, en toda sociedad, a lo largo de un tiempo insondable, por múltiples causas, seguramente sería suficiente para aplastar el espíritu humano.

Svetlana Alexiévich, descrita por un amigo mío, el historiador Antony Beevor, como “la mejor practicante de historia oral jamás conocida”, se dedicó a capturar recuerdos en sus historias orales, aprendiendo en el proceso que puede haber un precio personal a pagar, para recuperar pasados que otros preferirían enterrar. ¿No es esto cierto? Sin duda es un mosaico de experiencias individuales, de recuerdos. Sin embargo, fue Primo Levi quien al advertir sobre la guerra contra la memoria también confesó que la memoria humana puede ser un instrumento falaz, confesando que no está tallado en piedra. Claude Lanzmann, quien hizo la película *Shoah*, afirmó: “La memoria me horroriza. La memoria es débil.” Sin embargo, a veces puede ser todo lo que tenemos, siendo los textos conservados por Svetlana los que proporcionan una narrativa contraria a lo que podría ser un texto autorizado. Roy, el personaje de *Blade Runner*, es el que mientras muere, dice: “He visto cosas que ustedes no creerían... Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia”. Los recuerdos son así, los recuerdos públicos no menos que los privados.

Curiosamente, María Teresa León, en su autobiografía *Memoria de la Melancolía*, afirma que “Vivir no es tan importante como recordar. Lo espantoso era no tener nada que recordar, dejando detrás de sí una cinta sin señales”, ella misma que luego sucumbiría al alzheimer, apagándose uno a uno sus propios recuerdos como tantas luces. ¿Son entonces los recuerdos, personales y nacionales, esenciales para un sentido de identidad? ¿O somos nosotros los creadores de nuestra identidad a través de elecciones hechas en el presente, en lugar de sentir el pasado susurrando en nuestros oídos?

Tenemos una obligación con el pasado, pero una mayor obligación con el presente y el futuro; un presente y un futuro, sin embargo, que ya contienen el pasado. Como dice T. S. Eliot en *Los cuatro cuartetos*, “El tiempo presente y el tiempo pasado acaso estén presentes en el tiempo futuro”. Nuestro ADN contiene el pasado, es una expresión de nuestro presente y un regalo para el futuro, siendo pasado y presente arrastrados por la corriente del tiempo.

Por supuesto, se puede alegar que el pasado justifica las acciones presentes. Hoy en día, Vladimir Putin, añorando un pasado imperial, busca recrear su versión del pasado a un precio que otros pagarán en el presente. Como ha señalado Orlando Figes, en su libro *La historia de Rusia*, “La historia es siempre política”. Pero Tom Stoppard ha dicho

que “todas las cuestiones políticas se han resuelto en cuestiones morales”. Para Vaclav Havel, la única política que estaba feliz de abrazar era “la política como moralidad práctica... esencialmente un cuidado mesurado por nuestros semejantes”.

Pero, por supuesto, los recuerdos son solo una ruta hacia el pasado. Ciertamente, los eventos han tenido lugar. Las personas perdieron la vida por causas dispares, pero el hecho y el significado no son lo mismo. Incluso es posible que las partes contendientes estén de acuerdo en cuanto a los hechos; es infinitamente más difícil que estén de acuerdo en cuanto a sus significados. Como Tom Stoppard hace decir a Oscar Wilde en *La invención del amor*, “Es solo un hecho. La verdad es totalmente otra cosa.” Fue Poncio Pilato quien preguntó: “¿Qué es la verdad?” Svetlana cita a Karl Marx diciendo: “Existe un sinnúmero de verdades humanas. La historia se ocupa únicamente de los hechos: las emociones están fuera de su ámbito de interés.” No así para él, según declaró, incluso cuando las verdades humanas serían trituradas bajo las ruedas de un gigante ideológico.

En 1549 se produjo una rebelión en el lugar donde vivo, la Rebelión de Kett, una revuelta contra el cercado de las tierras. Hoy en día, en la ciudad hay una placa que conmemora este hecho. A unos cientos de metros, en la catedral de la ciudad, existe un cuadro que conmemora su fracaso. Entonces, ¿las verdades pasadas no son más que una cuestión de perspectiva? El árbol del que fue colgado su líder sigue en pie, protegido por rejas. Paso por delante todas las semanas. ¿Se trata de un recordatorio de que el poder puede ser desafiado, o del hecho de que tales desafíos acaban siempre mal? ¿Es la verdad, entonces, una cuestión de quién está contando la historia?

Fue Estragón, en *Esperando a Godot*, quien dijo, “baila primero y piensa después”, como si el significado debiera ser diferido y no se le permitiera distraer la atención de vivir en el presente, de persistir, aun cuando persistir no es en sí mismo un propósito. Lo que importa es el baile. Puede parecer que el pasado ofrece una advertencia sombría, una carga de oscuridad pero, en palabras de un himno inglés, que podría haber sido un verso de García Lorca:

*Bailé un viernes cuando el cielo se puso negro;*

*Es difícil bailar con el diablo a cuestas.*

*Enterraron mi cuerpo y pensaron que me había ido;*

*Pero yo soy el baile, y sigo adelante.*

Sin embargo, comprender la naturaleza del presente puede estar tan plagado de dificultades como comprender el pasado. Fue Ezra Pound quien habló de los mentirosos en los lugares públicos, aquellos que construyen su propia realidad e insisten en que otros la habiten, y eso es algo que hemos experimentado. Donald Trump, Vladimir Putin, Alexander Lukashenko, Boris Johnson, son algunos ejemplos, pero están lejos de ser los únicos. Vivimos en una época de hechos alternativos, en la que cada vez más aprendemos a desconfiar de lo que leemos, vemos, oímos, unos de otros. Quizá lo más difícil de predecir, entonces, no sea solo el pasado, o mejor dicho, los múltiples pasados, sino el presente. Mientras tanto, seguramente la prueba para saber si debemos recuperar el pasado o dejarlo reposar debe ser la medida en que ambos muestren una preocupación mesurada por nuestros congéneres.